

Fernando García Mercadal
La casa popular en España

Prólogo de Antonio Bonet Correa

Colección Punto y Línea



García Mercadal y la arquitectura popular
Antonio Bonet Correa

© Editorial Gustavo Gili, S. A.
Barcelona, 1981

Printed in Spain

ISBN: 84-252-1020-8
Depósito legal: B. 1853-1981

Industria Gráfica Ferrer Coll, S. A.
Pje. Solsona, s/n. - Barcelona-14

Fernando García Mercadal es un arquitecto que a la práctica arquitectónica siempre ha unido la especulación teórica. A la par que construía, de 1927 a 1928, el innovador y polémico edificio *museo-biblioteca Rincón de Goya* —en lugar del monumento escultórico para un parque público concebido por las autoridades municipales de Zaragoza— por los mismos años llevaba desde las páginas de la revista *Arquitectura*, órgano de la Asociación de Arquitectos, una intensa labor de crítica e información sobre las nuevas corrientes arquitectónicas en el extranjero. Sus artículos fueron de los primeros en airear en la prensa especializada lo que sucedía de importante en materia de construcción y arquitectura fuera de España.¹ El *Rincón de Goya*, con sus volúmenes cúbicos y su falta de ornamentación no sólo era una creación moderna sino también una concreción de sus ideas, una especie de manifiesto doctrinal, un prospecto ilustrativo de lo que había que hacer, del nuevo rumbo u orientación que, en

1. Acerca de los primeros escritos sobre la arquitectura de vanguardia en Europa, véase el prólogo de Carlos Sambricio al libro de Hans M. Wingler, *La Bauhaus. Weimar, Dessau, Berlín: 1919-1933*, Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona, 1975.

su opinión, debía emprender la arquitectura española para salvarse de la excrecencia decorativa, historicista y regionalista.

García Mercadal, siempre entusiasta y pleno de actividad, era entonces, como hoy, incansable. De regreso de sus cuatro años de viajes por Europa desde 1923 a 1927, con sus prolongadas estancias en los centros más vitales de la arquitectura moderna —Roma, Viena, Berlín— y después de haber recorrido todo el Mediterráneo y los países de Centro Europa, tras haber visitado y trabajado al lado de las grandes figuras de la nueva arquitectura y el urbanismo —Poelzig, Behrens, Le Corbusier, Jansen y Mies van der Rohe— García Mercadal era, entre los jóvenes, el más indicado para llevar la batuta en cuestiones teóricas. Su amigo y compañero Rafael Bergamín lo calificó de «fichero viviente».² Además, entre otras lenguas, sabía alemán y recibía libros, revistas y separatas que nadie conocía. Verdadero renovador, no es extraño que Ernesto Giménez Caballero, en 1928, escribiese a su propósito: «Encontrarse con Fernando García Mercadal es encontrarse con un problema desasosegador y de muchas dimensiones».³ Su fogosidad y tenacidad de pionero no tenían límites, sobre todo cuando se trataba de defender los postulados de la arquitectura moderna. Sus dos obsesiones de entonces eran la «arquitectura mediterránea» y el «espíritu racionalista».

La repercusión pública de su acción en pro de las nuevas tendencias señaletas culminó en 1928 con la publicación de un número de *La Gaceta Literaria*, dedicado por entero a las respuestas que los arquitec-

2. «Mesa redonda con Rafael Bergamín, Fernando García Mercadal y Casto Fernández Shaw», en *Hogar y Arquitectura*, núm. 70, mayo-junio, 1967, p. 39.

3. «El Arquitecto Mercadal», en *La Gaceta Literaria*, núm. 32, año II, 15 de abril de 1928.

tos y escritores hacían a un cuestionario que García Mercadal les planteó sobre la arquitectura moderna. En el mismo año, organizó en la Residencia de Estudiantes del Pinar, en Madrid, una serie de conferencias de Le Corbusier, Gropius y Mendelsohn, los cuales hablaron ante un público de estudiantes de arquitectura e intelectuales ávidos de novedades.⁴ También en el año de 1928, respondiendo a la invitación, García Mercadal acudió, acompañado por Juan de Zavala, al Congreso de la CIRPAC (Comité International pour la Résolution des problèmes de l'Architecture Contemporaine), que tuvo lugar en el Castillo de La Sarraz, en Suiza. Dos años después, en 1930, aprovechando el regreso de San Sebastián de una «Exposición de pintura y arquitectura moderna», en el Ateneo Guipuzcoano, improvisó en el Gran Hotel de Zaragoza un encuentro de jóvenes arquitectos procedentes de toda España, en especial de Cataluña, que dio como resultado la formación del GATEPAC (Grupo de Arquitectos y Técnicos Españoles para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea). A la par que proyectó y construyó algunas obras, dedicó entonces gran parte de su atención al fomento e incremento de la acción colectiva del grupo en pro de una arquitectura distinta de la existente en

4. Véase la nota 3. El número llevaba como título *Nuevo Arte en el Mundo, Arquitectura 1928*. Respondían al cuestionario los arquitectos Rafael Bergamín, Casto Fernández Shaw, Luis Lacasa, Manuel Sánchez Arcas, José F. Ráfols, Carlos Arniches y Martín Domínguez. Además del artículo de Giménez Caballero sobre *El Arquitecto García Mercadal* se incluían otros de información sobre Mies van der Rohe, Henri Van de Velde, la Bauhaus de Dessau, Theo van Doesburg y Mallet-Stevens. Los escritores que respondían eran José Bergamín, José Moreno Villa y Antonio Espina. Además figuraban sendos artículos de Eugenio D'Ors y Sebastián Gasch; el del primero, titulado *Cúpula y Arquitectura* y el segundo *De un nuevo orden*.

la Península. He aquí según sus palabras el resumen de aquellos años de intensa actividad teórica: «Durante algún tiempo luché denodadamente para introducir en España las nuevas ideas, hasta que llegó un momento en el que tuve que preocuparme de mi propia obra para vivir. A partir del *Rincón de Goya*, mi arquitectura se hizo completamente impopular. Me era muy difícil conseguir nuevas obras. El dilema que se presentaba era GATEPAC o trabajo».⁵ Lo mismo que hoy gran parte de los arquitectos italianos dedican sus forzados ocios a hacer una arquitectura dibujada o arquitectura sobre el papel, García Mercadal se volcó entonces en lo teórico. Verdadero apóstol, con su desbordante personalidad, se consagró a la difusión de la buena nueva «racionalista». Como él, pero desde posiciones diferentes y casi opuestas en el enfoque crítico, Luis Lacasa emprendió un camino similar.⁶ Las obras realizadas en la Ciudad Universitaria de Madrid y los edificios emprendidos por unos y otros arquitectos de vanguardia durante la II República fueron el resultado de una etapa de vanguardia interrumpida brutalmente por la guerra civil.⁷

No es aquí lugar para resumir la vida y la obra de arquitectura y literatura artística de García Merca-

5. Declaración en la mesa redonda, citada en la nota 2.

6. Luis Lacasa, *Escritos 1922-1931*, Introducción Carlos Sambricio, Publicaciones del COAM, Madrid, 1976.

7. No vamos aquí a dar toda la bibliografía sobre el período y sus distintos aspectos. Solamente citemos los libros de Oriol Bohigas *Arquitectura Española de la Segunda República*, Tusquets Editor, Barcelona, 1970²; el de Bernardo Giner de los Ríos, *50 años de Arquitectura Española*, Editorial Patria, México, 1952, edición española, Adir Editores, Madrid, 1980; y también en el tomo VI de la *Historia del Arte Hispánico* de la Editorial Alhambra, *El siglo XX*, «La Arquitectura», de Carlos Sambricio, Madrid, 1980.

dal, materia propia de una monografía.⁸ Sin embargo desde una semblanza apresurada no puede olvidarse cuál fue el papel que desempeñó en la introducción de un nuevo urbanismo, pues García Mercadal pensaba que sin su conocimiento no podía construirse la ciudad. Colaborador de la Oficina de Urbanización del Ayuntamiento de Madrid, fue uno de los que elaboró el grueso e importantísimo volumen *Madrid: Información sobre la Ciudad* (1929), que sirvió de base para el concurso internacional para la Expansión de la capital de España. No hay que olvidar que por indicación suya el alemán Hermann Jansen se puso en contacto con Secundino Zuazo para realizar el proyecto de proporcionar nuevos espacios a Madrid por medio de la prolongación de la Castellana, plan que más tarde, bajo el Ministerio de Obras Públicas del socialista Indalecio Prieto, tomaría forma al comenzarse la construcción de los Nuevos Ministerios, ulteriormente acabados bajo el régimen de Franco. Además fue García Mercadal quien, llevado por la preocupación de los problemas de la construcción de la ciudad, con el arquitecto Otto Czekelius, tradujo del alemán el libro de Otto Büinz, *Urbanización. Plan Regional* (Madrid, 1930), cuyo texto, muy condensado o resumido, constituía un ma-

8. Acerca de García Mercadal, el libro que da mayor número de noticias de sus obras de arquitectura es el de Rodolfo Ucha Donate, *Cincuenta Años de Arquitectura Española*, I, Adir Editores, Madrid, 1980. Respecto a su obra escrita, señalemos que García Mercadal, además de los artículos publicados en la revista *Arquitectura* y otros textos, es autor de un importante libro acerca de un capítulo que nadie ha tratado hasta ahora con la amplitud de su visión. Nos referimos al volumen *Parques y Jardines, su historia y sus trazados*, Editorial Afrodísio Aguado, Madrid, 1949, 2.^a ed. 1950, 3.^a ed. 1951. Además ha publicado por su cuenta en la Editorial Vida Privada los libritos titulados *Galimatías 54* y *Galimatías 56* con los que obsequiaba a sus amigos en Navidad. Parece ser que es autor, entre otros escritos inéditos, de unas memorias.

nual pedagógico, muy útil para la iniciación en una materia entonces apenas estudiada en España, a no ser por los arquitectos Gustavo Fernández Balbuena y Santiago Esteban de la Mora.⁹

En el prólogo al libro de Bünz, asistente del Seminario de Urbanización de la Escuela Superior Técnica de Charlotemburgo (Berlín), García Mercadal escribía: «El Urbanismo, como la Arquitectura y el Arte en general, se hace cada día más internacional, perdiendo sus caracteres locales cuando el *standard* de vida de los pueblos y su cultura se van unificando a la par que creciendo sus necesidades individuales, síntoma de progreso».¹⁰ Una declaración de fe tan racionalista y cosmopolita, con muchas otras de aquellos años de García Mercadal, parece casarse mal con las que figuran en su libro, *La casa popular en España*, publicado por la editorial Espasa-Calpe en el año 1930 y que hoy se reedita en facsímil por la Editorial Gusta-

9. Otto Czekelius fue quien editó el libro *Trazado de Ciudades*, Madrid, 1932, de Gustavo F. Balbuena. Santiago Esteban de la Mora tradujo del inglés y puso un apéndice titulado *Los trazados de ciudades en España* al libro de Patrick Abercrombie *Planeamiento de la ciudad y del campo*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1936. Este arquitecto publicará en su exilio en Colombia el libro *Planeamiento versus Arquitectura*, Bogotá, 1952. Pocos años antes se había publicado en Barcelona, 1926, el célebre libro de Camillo Sitte, *Construcción de Ciudades según principios artísticos*, traducido por el arquitecto Emilio Canosa. Esta obra acaba de ser reeditada en facsímil por la Editorial Gustavo Gili junto con el amplio estudio de George R. Collins y Christiane C. Collins, *Camillo Sitte y el nacimiento del urbanismo moderno*, Barcelona, 1980. Importante es señalar el folleto de cinco páginas publicado por García Mercadal en 1926 sobre *La Enseñanza del Urbanismo*, comunicación presentada en el XI Congreso Nacional de Arquitectos. *Primero de Urbanismo*, noviembre 1926.

10. Otto Bünz, *Urbanización, Plan Regional*, Madrid, 1930, p. 12.

vo Gili. El tema mismo del libro es como un tema polar respecto a las preocupaciones de un arquitecto reformista que propugna una nueva forma de vivir y construir. Por lo menos lo es en apariencia o en intenciones. Sobre todo por lo que parece tener de respeto al pasado y a la variedad de lo regional. En los preliminares del libro, García Mercadal no sólo defiende el arte autóctono sino que también antepone ante todo «la defensa de nuestro tan rico como variado folklore», tarea «de gran interés artístico y nacional». Tales conceptos casticistas y presupuestos románticos ¿no suponen un criterio racial e historicista de la arquitectura contrario a los programas sociales y ahistoricistas del «racionalismo»? Además, ¿no era un retroceso en un arquitecto de la llamada «generación de 1925» que, al igual que sus compañeros de las nuevas promociones, había combatido contra el «regionalismo» historicista, culto o neopopular y decorativista de los arquitectos de las generaciones anteriores imperantes bajo el Directorio o Dictadura de Primo de Rivera?

Felizmente García Mercadal no veía solamente en la arquitectura popular la romántica emanación del espíritu del pueblo o la pujanza de una raza. Sus ideas eran más lógicas o racionales. García Mercadal, que había estudiado la arquitectura popular con su amigo Rivas Eulate «sobre el terreno», recorriendo pueblos y aldeas, dibujando y tomando notas en directo, había admirado ante todo en ella lo que representaba de «ejemplo de lógica y racionalismo». En su opinión sólo desde el estudio de las formas de propiedad y cultivo, de la estructura económica y social se puede abordar su análisis arquitectónico. Los condicionamientos geográficos de suelo y clima no pueden desligarse del contexto material y de infraestructura que responden a una sociedad determinada, adaptándolos perfectamente a sus necesidades. Más que arquitectura popular, su libro tendría que titularse arquitectura rústica o agra-

ría, ya que la estructura de España en los años 30 era aún eminentemente rural. García Mercadal, tan preocupado entonces por la casa mínima en la ciudad, sabía muy bien esto. Para él, la arquitectura llamada popular era únicamente la de los pueblos campesinos españoles, la que muchos sólo admiraban desde un punto de vista turístico o pintoresco, pero que para él representaba un legado vivo del pasado, en virtud del servicio que aún prestaba a sus poseedores.

Los análisis de la arquitectura popular de García Mercadal están llevados a cabo teniendo en cuenta la estrecha relación que existe entre lógica económica y lógica arquitectónica. Todo edificio creado con un sentido utilitario debe responder a una razón funcional. En él no puede faltar o sobrar nada, por lo menos sin que la motivación de lo ornamental se haga conscientemente como tal ornamentación aplicada en el lugar que le corresponde. La arquitectura popular responde, como muy bien ha visto Giorgio Grassi, a la lógica de «lo obvio», la tradición racional de las construcciones rurales.¹¹ De ahí que sea una arquitectura objetiva, de tipología normativa y de escasas modificaciones, sin estilos, que puede prescindir de ser firmada, una arquitectura sin arquitectos. Obra de operarios que han tenido como maestros a la tradición «constructiva», el resultado es el de edificios utilitarios que resumen necesidades concretas y de un determinado lugar, de tipologías que apenas han variado a lo largo de los siglos. Su lección para el arquitecto profesional moderno es enorme. García Mercadal ayer como hoy es consciente de que sus ejemplos pueden servir de modelos. En 1930 pensaba que podían orientar a los nuevos arquitectos, preocupados ante todo por lograr una arquitectura desnuda y pura, que desterrase de una vez los oropeles y los innecesarios formalismos, imperantes en

los años anteriores a su irrupción en la construcción de una nueva arquitectura urbana acorde con la futura ciudad industrial o pre-industrial en España.

Muy importante en García Mercadal fue el descubrimiento que, en 1923, hizo en Capri de la «arquitectura mediterránea». Lo mismo que su admirado Joseph Hoffmann y otros arquitectos europeos de su época que habían viajado por el levante de Europa, García Mercadal desde sus primeros contactos con el Mediterráneo será un entusiasta de su arquitectura popular. Con sus formas cúbicas y netas, su plástica pura y su limpia sencillez en la construcción, las casas mediterráneas desde Grecia hasta Almería, constituyen, según su opinión, un tipo de *habitat* que los arquitectos racionalistas del centro y del norte de Europa devolvían al hombre del siglo XX en una versión acorde con la vida de las ciudades modernas, proporcionando una alternativa válida para la resolución de los problemas de la vivienda de barrios obreros que debían ser contruidos dentro de un trazado de urbanismo humano y armonioso. Antes que Alberto Sartoris escribiese su libro *Ordre et Climat Méditerranéens* (Milán, 1946), García Mercadal exponía en Roma, en 1925, sus trabajos «mediterráneos», los cuales obtuvieron un favorable e inmediato eco en la prensa italiana. Sus estudios para la Academia española de Roma sobre la *Casa del Fauno en Pompeya* y su ensayo sobre *La Arquitectura menor en Roma*, lo mismo que una *Memoria sobre la casa mediterránea* figuraban en la citada muestra. Material, todavía inédito, esta obsesión por «lo mediterráneo» fue lo que le ha llevado a escribir, en este año de 1980, su Discurso de Ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando *Sobre el Mediterráneo. Sus Litorales, Pueblos, Culturas*, y a realizar su sueño de juventud en la Torre-Atalaya Don García, en la provincia de Alicante. Allí García Mercadal no sólo ha restaurado una vieja arquitectura sino que ha trazado unos jardines de los cuales hedonística-

11. Giorgio Grassi, *La arquitectura como oficio y otros escritos*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1980, p. 193.

mente disfruta durante sus prolongadas vacaciones estivales.

Las contradicciones de arquitectura racional / internacional y vanguardia / ahistoricismo y arquitectura vernácula / regional con su carga de historicismo, García Mercadal las ha salvado personalmente gracias al equilibrio forma / función que encuentra íntimamente relacionado en la arquitectura popular con el medio económico y social. Sin embargo para el lector que quiere ser objetivo tal unión no le convence. Los contrarios le parecen irreconciliables y al fervor vanguardista difícilmente lo ve casado con el amor por una arquitectura en la que la tradición y las variantes locales son esenciales. Frente a una arquitectura de valor universal, de *passe-partout*, se opone lo local e individualizado. Pero el problema es como el escolástico de los contrarios y los universales. Su solución no es dialéctica sino más bien temporal o histórica y ahí es donde reside la clave del presente libro, su importancia bibliográfica. Pese a que con posterioridad Torres Balbás, Feduchi y Carlos Flores, han abordado el tema en su conjunto, aportando gran material y profundos puntos de vista, el libro de García Mercadal siempre será citado, en tanto que guía y estudio que contiene una visión muy certera del presupuesto de la racionalidad analógica de la arquitectura rural, con calidades válidas para la comprensión objetiva de sus variantes esenciales en España. También como testimonio de la aldea perdida, de un tiempo irremisiblemente ido o en trance de desaparición.

En primer lugar hay que recordar que García Mercadal fue un excelente alumno de la Escuela de Arquitectura. Discípulo de D. Vicente Lampérez y de Romea y de D. Teodoro de Anasagasti, aprendió en sus clases y excursiones el respeto por lo mejor del legado del pasado arquitectónico español. Tampoco debe olvidarse que igual fenómeno, vanguardia / arte del pasado y arte culto / arte popular, influyó en los compo-

nentes de los demás campos creativos e intelectuales de su generación. La revista AC (Barcelona 1931-1937) dedicó varios artículos a la arquitectura popular.¹² En la poesía y la literatura a la vez que se era muy de vanguardia se tenía un gran respeto por el legado literario del Romancero, del Siglo de Oro, de las letrillas de Góngora y la poesía popular española. El respeto se extendía a los estudiosos, que, como Menéndez Pidal o Américo Castro, habían tratado el tema. Federico García Lorca y Rafael Alberti, en tanto que exponentes de la «generación del 27», pueden servir de ejemplo. En música los discípulos de Falla como Ernesto Halffter y Gustavo Pittaluga nos darían la tónica en el dominio sonoro. Otro tanto, pese a la teoría de *La Deshumanización del Arte* de Ortega y Gasset, podría decirse de los pintores que, como Manuel Ángeles Ortiz, Maruja Mallo, Benjamín Palencia o el escultor Alberto, por citar algunos nombres destacados o singnificativos, redescubrieron el paisaje a la par que crearon una nueva plástica enraizada en lo español. En el cine es el Buñuel de *Tierra sin Pan*. En el contexto de su época hay, pues, que juzgar la doble faceta vanguardia / casticismo de García Mercadal, cuyo hermano, historiador muy distinguido, representó idéntico espíritu dentro de la erudición histórico-literaria. En la arquitectura, el ejemplo de los Albergues de Carretera del Patronato Oficial de Turismo de Arniches y Domínguez podrían dar la medida de un camino de equilibrio de lo nuevo con la tradición por el cual se desarrollaba una parte de la arquitectura española anterior a 1936.

García Mercadal, ante la destrucción del patrimonio de la arquitectura vernácula, en 1974 condenaba el urbanismo oficial. Según sus palabras el Es-

12. Existe una edición facsímil AC / GATEPAC 1931-1937, hecha por la Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1975.

tado «olvidó a Damaske, jurista alemán y su principio, allí aplicado, de la recuperación de los plus-valías en beneficio de la comunidad, centralizado como toda la Administración pública, con su creciente e impresionante burocracia dedocrática, no actuó en nuestras zonas turísticas, a las que, es mi tesis, vendrían más turistas, y nos dejarían más millones de divisas fuertes, si las arquitecturas regionales, cuyo valor potencial es enorme, hubieran sido tenidas en cuenta y puestas en valor en lugar de desconocerlas, para, sin esfuerzo, repetir formas y modelos extranjeros ya manidos». ¹³ Esta cita, en su párrafo final, es reveladora de la evolución del pensamiento de un arquitecto de la generación que reaccionó en contra de la arquitectura regionalista a lo Rucabado. También sirve para hacer la constatación de la pervivencia de unos principios coherentes con su primera actitud reformista de la realidad española, el querer sacar a su patria del marasmo artístico, el ansiar la realización de un proyecto capaz de cambiarle la vida, insuflándole una nueva existencia. García Mercadal, en buen discípulo de Francisco Giner de los Ríos y don Manuel B. Cossío, quería, a la vez que ser hombre moderno, ser respetuoso con el legado popular, aprovechar su experiencia; sobre todo sacar la lección de su sencillez y adecuación a la realidad. Basta leer el *Elogio del Arte Popular* (1913) de don Manuel B. Cossío para comprender cuán profundo fue la huella que la Institución Libre de Enseñanza imprimió en el pensamiento de los mejores jóvenes de los años anteriores a la guerra civil, contienda que, por desgracia, truncó una España nueva y ca-

13. «Para el estudio de las olvidadas arquitecturas regionales», en *Arquitectura*, año 16, núm. 192, Madrid, diciembre, 1974, p. 32. García Mercadal escribió otro trabajo sobre arquitectura popular para una conferencia en la Fundación Universitaria de Madrid en el año 1977 que todavía está inédita.

paz de comprender y enaltecer al pueblo. ¹⁴ El luminoso pensamiento de Cossío nos muestra que el poso o sedimento del arte popular es el producto de una lenta decantación. También que, como el tiempo no se improvisa ni la historia anticipa sus horas, es difícil innovar sin salirse de la «objetividad» que conlleva siempre todo arte auténtico, toda actividad que de verdad responde a una necesidad profunda del hombre. Y la lección se puede aplicar quizá no como argumento en contra de las que podrían llamarse audacias vanguardistas, sino más bien de los floripondios decorativistas de los peores regionalismos que dominaban el ecléctico panorama de la arquitectura española cuando apareció el GATEPAC. Poner freno a tal licencia era pensamiento de aquellos jóvenes adictos a la arquitectura «racionalista». García Mercadal, como sus compañeros de vanguardia, también discípulos de la Institución, quería una España nueva y primigenia, soñaba con una nación renacida. En plena guerra, cuando España estaba en ruinas y todo era destrucción, sus anhelos eran los de reconstruirla, de rehacerla con una arquitectura puesta al servicio del hombre. ¹⁵ Sin duda su curiosidad por la casa popular tuvo siempre su motivación en lo que ésta, por encima de las contingencias temporales, encierra de permanencia de lo lógico, de triunfo de un auténtico realismo. Quizás ello es lo que ha hecho que este libro no haya envejecido sino que, por el contrario, haya madurado, convirtiéndose en un clásico

14. Manuel B. Cossío, *De su jornada (Fragmentos)*, Madrid, 1929. García Mercadal siempre ha citado con reverencia a los hombres de la Institución Libre de Enseñanza con los que se ha sentido en todo momento identificado.

15. Suyo, aunque sin firma, es el texto del libro *Esquemas y bases para el desarrollo del Plan Regional de Madrid*, publicado por el Comité de Reforma, Reconstrucción y Saneamiento del Ministerio de la República Española, Madrid, 1939.

de su género, cuyo tema cada día interesa a un mayor sector de lectores cultos. Ojalá sus criterios, no arqueológicos, pero sí próximos al del antropólogo y el sociólogo de la cultura, puedan orientar a aquellos que en el futuro contribuirán a defender de su destrucción a una arquitectura, cuya principal virtud ha sido y es, de acuerdo con las necesidades y las posibilidades de cada época y manera de vivir, el proporcionar un cobijo, una habitación digna y un taller útil al hombre.

ANTONIO BONET CORREA

FERNANDO GARCÍA MERCADAL
ARQUITECTO
EX PENSIONADO DE LA ACADEMIA DE ESPAÑA EN ROMA

LA CASA POPULAR EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN



ESPASA-CALPE, S. A.

BILBAO
MADRID • BARCELONA
Río Rosas, 24 • Cortes, 579
1930

LOS DIBUJOS INTERCALADOS EN EL TEXTO SON DEL ÁLBUM
INÉDITO DEL AUTOR Y DEL ARQUITECTO SR. RIVAS EULATE

EL AUTOR CUMPLE UN DEBER ESTAMPANDO A LA
CABEZA DE SU LIBRO LOS NOMBRES DE LOS ARQUI-
TECTOS SEÑORES TORRES BALBÁS, GUTIÉRREZ,
MORENO, SOLANA Y RIVAS Y EULATE, Y DE LOS
SEÑORES DEL CASTILLO, GIL MARRACO, ACÍN Y
LOS HERMANOS DE LECARÓZ, QUIENES, CON SUS VA-
LIOSAS NOTAS UNOS, CON SUS FOTOGRAFÍAS OTROS,
HAN HECHO POSIBLE LA PUBLICACIÓN DE ESTA
OBRA. A TODOS MI GRATITUD

P R E L I M I N A R E S

La historia de la casa va tan íntimamente ligada con la historia de los pueblos, que es hoy difícil problema arqueológico reconstituir lo que fueron en remotas edades las viviendas humanas.

La casa es la obra que mejor refleja no sólo la manera de ser de los pueblos, sino las relaciones entre unos y otros, y la casa popular, particularmente, es siempre arte nacional; Costa la ha enseñado como *eje de la vida rural*; el símbolo de la institución familiar.

La habitación, el pequeño fenómeno geográfico tan íntimamente ligado con la vida humana, es casi tan efímera como nosotros mismos: sin embargo, guarda cierta permanencia en sus caracteres generales, una como potente fisonomía que va ejerciendo su influencia sobre las formas que se suceden.

La Geografía se preocupa principalmente del hecho predominante, que suele ser el más modesto, la casa rural tipo, la casa aislada, la verdaderamente popular, el tipo representativo de cada región, la única que se mantiene en íntima relación con la Geografía local, la que expresa más claramente los caracteres de la dependencia con el cuadro geográfico.

Existen lugares donde esta dependencia de la casa con el suelo es tan grande, tan íntima su compenetración con el paisaje, que se diría es la casa como un producto de la vegetación natural: en ella radica el encanto de la arquitectura rural, y la mayor dificultad que el arquitecto debe vencer al construir en el campo, en plena naturaleza.

Las viejas construcciones de nuestras campiñas son fruto del sano racionalismo diferencial de las regiones naturales, y el estudio de éstas debe ser, en toda ocasión, inseparable del de la arquitectura rural.

El clima, los materiales y también la estructura social de cada pueblo, influyen sobremanera en la disposición de la planta y en su íntima estructura, que cambian de una época de la Historia a otra, debido siempre a su dependencia inmediata del factor social.

Los gustos, las modas y las costumbres de cada generación, hacen que

la casa carezca de una permanencia absoluta, y sólo la perennidad de los factores físicos, clima y materiales, tiende a la formación de tipos locales, con características sobre las que poco o nada influyen los llamados estilos históricos; esto es lo que hizo decir a Lampérez que "la arquitectura privada ofrece la extraña dualidad de ser variable socialmente y permanente geográficamente" (1).

La permanencia geográfica es consecuencia obligada del clima y de los materiales. Variarán las costumbres ciudadanas en cada siglo, pero durarán las condiciones físicas que hacen tan cerrada, pétrea y leñosa la casa de un vasco del siglo V como la de otro del XV, y al par, tan profundamente distinta la habitación privada de los altos páramos castellanos, barridos por el helado cierzo, y la de las ricas vegas andaluzas, soleadas y rientes.

La extraordinaria complejidad geográfica y humana, y el especial desarrollo histórico de la Península Ibérica, hacen que el estudio del folclore español y, particularmente, el de la arquitectura popular de sus distintas regiones, esté sembrado de dificultades sin número.

Las edificaciones de nuestros campos presentan en cada región una particular fisonomía, fiel expresión de las condiciones geográficas, y pocos países de Europa pueden mostrar una riqueza, una variedad semejantes a la de nuestro folclore.

El apartamiento geográfico de la Península y la carencia, durante mucho tiempo, de vías de comunicación, unido a nuestro tradicionalismo, han sido las causas de haberse producido la supervivencia de las formas populares nacionales.

La variedad de las edificaciones de nuestros campos revela en sus formas un gusto peculiar. Su construcción es fruto de la experiencia de muchos siglos, durante los cuales, según ocurriera en la mayor parte de los pueblos de tradiciones agrícolas, formóse un arte rural, ingenuo y característico, "un arte —según dijera Baixeras— emanado directamente del corazón del pueblo" (2).

La habitación rural es, ante todo, un hecho de economía agrícola. Por ese motivo Demangeon clasifica las habitaciones rurales no por sus materiales constructivos, ni por sus formas exteriores, sino por su plan interno, por las relaciones que se establecen entre los hombres, los animales y las cosas; es decir, por aquella que pudiéramos llamar su función agrícola, ya que el campesino concibe y construye su casa tectónicamente, como un

(1) V. Lampérez y Romea. *Arquitectura Civil Española*. Tomo I, pág. 31.
(2) Baixeras, "Arte rural". *Museum*, núm. 10, 1915.

utensilio o instrumento de trabajo, adaptada todo lo más prácticamente que sea hacedero a las condiciones de la explotación, base de su vida de hombre que la gana con el sudor de su rostro.

Las viviendas populares proyéctalas y constrúyelas el que las va a habitar. Cada cual crea su propio hogar atendiendo a sus necesidades y a sus gustos personales, y así cada vivienda tiene una personalidad: la de humildes gentes que, a falta de mayores conocimientos, se encuentran en la imprescindible necesidad de hacer uso de su primitivo ingenio.

De generación en generación se transmitió siempre, a través de los siglos, el arte de construir la propia vivienda; y, de una manera casi intuitiva, ningún labriego ignora a qué viento deben de abrirse los huecos, dónde conviene poner la cocina y cuál es el sitio mejor para colocar el carro y los aperos.

Son muchas las clasificaciones hechas sobre la vivienda rural en Europa; pero la más general es aquella que únicamente considera dos grupos: el de la casa de madera del Centro y Norte de Europa y el de la casa de piedra o del mundo mediterráneo; la primera toma su origen de la existencia de grandes bosques, y la segunda de la falta de éstos, emanando a su vez el carácter de cada uno de estos tipos, principalmente, del sistema de cubierta. Los dos tipos se encuentran en las distintas comarcas españolas, y se traducen en formas diversas, marcadas con el sello específico de cada región.

Todas las viviendas de una misma comarca suelen tener caracteres comunes, materiales idénticos, empleados de la misma manera, igual disposición y un mismo reparto; como resultado de todas esas similitudes se produce un igual aspecto. Sin embargo, es frecuente encontrar viviendas próximas que en nada se parecen, y otras alejadas con grande semejanza, siendo esto debido a la imprecisión de los límites que cabe señalar a las regiones naturales, pues se pasa de unas a otras por gradaciones casi insensibles. El acondicionamiento de la vivienda popular tipo a la región natural en que se alza, no siempre supone la coincidencia absoluta de los límites relativos de ambas, pues, como hace observar Torres Balbás (1), "la proximidad de un río, el paso de un camino muy transitado, un cultivo especial, pueden influir sobre la vivienda y crear modalidades diferentes del tipo de la región".

Las viviendas, renovadas casi en su totalidad en villas y ciudades, no lo fueron en los campos y aldeas, donde quedan aún ejemplares de hace

(1) Estudio-concurso Charro-Hidalgo. Ateneo de Madrid (1923).

doscientos, trescientos años y hasta medio siglo, y el conservarse ha sido por la pobreza del país y la inmovilidad de nuestra vida rural.

Quedan aún en España, en apartados lugares, gentes humildes, pastores y alfareros, que en sus hogares conservan una tradición de arte popular: tejidos, labores, cerámicas y utensilios diversos son el fruto de una ingenua y primitiva inspiración, y es curioso observar cómo, a medida que estas gentes pueblerinas desdénan su arte y sus productos, éstos van siendo acogidos y estimados por las clases acomodadas, que aprecian en ellos precisamente aquella misma sencillez que a sus autores les va pareciendo desdeñable.

La defensa de nuestro tan rico como variado folklore sería de un gran interés artístico y nacional.

Literatos y músicos fueron los primeros en comprender la importancia de su estudio y lo trascendente de su recopilación, iniciando e impulsando el acercamiento a todo lo popular. En la vanguardia de esta clase de estudios, hacia 1840, aparecen los nombres catalanes del crítico Piferrer y del filólogo y preceptista Milá y Fontanals, a los que se une el mallorquín Quadrado, y más tarde, en Andalucía, Fernán Caballero, y en Vizcaya Antón de los cantares.

Iniciado ese movimiento a mediados del siglo XIX, hasta sus últimos años no quedan bien definidos los primeros grupos folklóricos, que son cuatro: el catalán, el andaluz, el vasconavarro y el gallego. El andaluz A. Machado y Álvarez (Demófilo) reunió en Sevilla un grupo de notables folcloristas, del que destacan las personalidades de Rodríguez Marín, Guichot y Montoto, cuya labor meritísima dióse a luz en la serie de volúmenes, cruzados por los colores nacionales, de *El Folklore Español*.

El movimiento iniciado en Sevilla por el padre de los Machado fué seguido en las distintas regiones de España, fundándose Sociedades diversas que realizaron, cada una en su círculo, labor provechosa y estimable. Pero, con todo, la ciencia folklórica se encuentra todavía en nuestro país en mantillas, careciendo de los estudios sistemáticos, los compendios, los archivos y museos de nuestro arte popular, en donde se nos ponga ante los ojos, de una manera plástica, el tesoro tradicional de España. De todos modos, quien desee informarse del proceso histórico y de la bibliografía de esta rama de los conocimientos humanos, puede leer el libro de A. Guichot y Sierra, *Noticia histórica del folklore* (Sevilla, 1922).

En estos últimos tiempos nos anima la esperanza de que hayan, en este terreno, comenzado a soplar vientos nuevos. Confiamos en que la labor del Patronato Nacional de Turismo, al que hemos visto penetrar por buen camino con el apadrinamiento del libro *Guía del buen comer español*, golosa-

mente redactado por el excelente escritor D. Dionisio Pérez, tratará de ir estimulando la realización de estudios que pongan de relieve, para satisfacer la justa curiosidad de nacionales y extranjeros, el espléndido y casi inexplorado venero de nuestro arte popular.

De las escasas modificaciones que sufren la arquitectura y el arte popular a través de los tiempos, nace el que el estudio de su cronología tenga escaso valor, teniéndolo, en cambio, enorme, el de la Geografía, por deber satisfacer esta arquitectura a las necesidades agrícolas, tan dependientes del suelo y del clima. Por ello, cuanto más elementales son los albergues humanos, tanto más dependen del medio físico.

El estudio de estas viviendas, tan ligadas a las condiciones geográficas, naturales y humanas, constituye hoy la llamada Geografía Humana, encargada de estudiar aquellos fenómenos geográficos en que participa el hombre.

El conjunto de todas las construcciones levantadas en el campo, sea para vivienda o para usos campestres, constituye la llamada arquitectura rural o rústica. Por eso nos ocuparemos de las casas aisladas en el campo y, por extensión, de aquellas otras que, aun estando agrupadas constituyendo pueblos, sirven de vivienda a labriegos y gentes humildes.

Las formas y tipos de esta arquitectura están íntimamente ligados con las formas de la propiedad y el cultivo. La gran propiedad (el latifundio romano) con la villa, y la del pequeño terrateniente con el caserío.

Las historias de la arquitectura española se ocuparon, por lo general, exclusivamente de los grandes monumentos, levantados por gentes que habían recibido una enseñanza técnica, no siendo objeto del mismo fervor los estudios de la historia de la arquitectura rural, del arte que las gentes humildes pusieron de manifiesto al construir y acondicionar sus hogares.

Debido a este olvido, todo lo anteriormente escrito sobre este tema es de un carácter fragmentario; breves artículos o ensayos..., que se encuentran diseminados en folletos o revistas. Algo más completo y, desgraciadamente, inédito, es el estudio premiado por el Ateneo de Madrid en el concurso Charro-Hidalgo (1923), del que es autor mi querido amigo el arquitecto Sr. Torres Balbás.

Los documentos que figuran en nuestra bibliografía, unidos a nuestra personal aportación, han sido las fuentes principales de este estudio que hoy damos a luz.

Haciendo un poco de historia, volviendo la vista atrás, vemos que la romanización en España alcanzó en muy distinto grado a sus diferentes regiones; de ellas se escaparon Asturias y Cantabria, teniendo lugar su

mayor apogeo a lo largo de las costas y sobre las riberas de los ríos navegables. Los ríos fueron en todas partes los primeros caminos de la civilización, las vías naturales de sus migraciones a través de los continentes.

La explotación agrícola romana estaba fundada en el latifundio o gran propiedad, habitada por el señor y cultivada por colonos libres y esclavos, teniendo los primeros la pequeña propiedad. Sólo por referencias escritas o por algunos dibujos en mosaico y viejas pinturas de remotos cronicones, podemos conocer lo que fuera la arquitectura rural hispano-romana.

En tres grupos se dividían las construcciones de los grandes dominios agrícolas romanos: 1.º, la casa del amo; 2.º, los edificios rústicos; 3.º, las dependencias. La casa del amo es lo que se llama la villa, la cual, dice Columela, deberá construirse en la parte más elevada del predio.

El reparto de tierras efectuado por los visigodos en la Alta Edad Media originó dos clases de agricultores: los propietarios (poseedores) de grandes predios y los bucelarios (patrocinados), colonos y siervos, pequeños terratenientes, arrendadores o simples braceros.

Más tarde el sistema perdura; pero del siglo VIII al XI los nombres cambian, llamándoseles (1) magnates a los poseedores y homes de benefactoría, siervos de la gleba (del terruño) y siervos personales a los patrocinados. Como consecuencia de esta organización de la propiedad distingüense en la arquitectura rural visigoda dos tipos: la villa y la casa, que sólo a través de los textos literarios conocemos.

La villa, compuesta de una torre, vivienda del señor, a cuyos pies se agrupan las casas de los siervos, cultivadores del dominio rústico, debió ser el tipo de los poblados visigodos.

La casa rústica, sencillo albergue de un cultivador, debía ser, según Lampérez, en estos tiempos de la Alta Edad Media, en las montañas, horrendo aglomerado de piedras, barro y ramajes, sin más que una estancia abajo para el establo y otra arriba para la familia.

Los huecos, pocos y pequeños; si el frío o viento arrecian, un haz de paja los cierra. En los llanos, la casa era algo mejor, como esplayada en sitio más amable; pero surge una necesidad, poco sentida en la montaña: la defensa y el auxilio mutuos. Como consecuencia de ella, las casas se aglomeran y se produce así el *vicus*.

En cuanto a los materiales se refiere, estas casas rústicas se distingüen en dos sistemas: el de madera, llamado *mos glicanum*, y el de piedra, *mos goticanum*.

Los grandes dominios, en los siglos IX, X y XI, comprendían dos partes:

(1) Véase Lampérez, obra citada.

1.º El *domicum*, donde se levantaba la residencia del señor, rodeada de algunas casas y situada en lugar estratégico.

2.º El *mas* o *casal*, terreno más o menos grande, cultivado por los colonos y siervos, humildes viviendas agrupadas a su vez para la mutua defensa.

Separadas de la vivienda, pero exigidas por determinadas explotaciones agrícolas, existían diversas edificaciones: bodegas, graneros, hórreos, almacenes, molinos, cuyo estudio debe ser incluido en el de la arquitectura rural, y de él nos iremos ocupando en el lugar correspondiente.

LA CASA ALTOARAGONESA

En el Alto Aragón las casas se agrupan en poblados. Unas junto a otras se defienden mejor de las inclemencias del tiempo, de los rigores del largo y duro invierno, de las persistentes nevadas. Fuera de los poblados no se encuentran más construcciones que las bordas, en las que se guarda el heno para el ganado.

La casa rural altoaragonesa es de sencillo aspecto: puerta de grandes dovelas y galería o balcón corrido sobre la puerta; sus huecos, escasos y pequeños.

Las cubiertas, en todo el Pirineo aragonés, por razón de las frecuentes nevadas, son muy pronunciadas, a dos aguas, utilizando como material las de pizarra o losas de piedra.

La austeridad en la arquitectura doméstica del Alto Aragón es mucho más marcada que en el resto de la región. Son el país, las condiciones físicas, las costumbres tradicionales, la idiosincrasia de la comarca lo que ha impuesto semejante carácter al exterior de sus viviendas.

Pero entremos en ellas: un patio empedrado es lo primero que nos encontramos, junto a él la cuadra; depósito paralelo, bodega y depósitos de aceite y grano. En esta misma planta baja, a un lado de la pieza recibidor, la gran cocina, centro de la vida familiar, con campana de mucho vuelo y *cadieras* o asientos de madera, de alto respaldo, con mesa movable para poder comer junto al fuego; hay también recocina y despensa.

Al otro lado del recibidor una salita, y a continuación una sala con alcobas.

El comedor no existe en la casa popular, ya que en verano se come en la recocina y en el invierno junto al hogar, en las *cadieras*.

En la planta principal, la sala de familia con alcobas.

Algunas casas tienen detrás un corral, con lugar especial para el ganado lanar y leñera, con provisión abundante.

El material de construcción es la piedra, de pequeños sillares o mampostería ordinaria. En pisos y cubiertas, la madera.

En cuanto a su exterior, en las fachadas no encontramos una gran uni-

LA CASA POPULAR EN ESPAÑA 41

dad; las de los siglos XIV y XV son altas y estrechas, con piñón y tejado voladizo, ventanas ajimezadas y puerta de arco o dintel.

El terreno altoaragonés es accidentado, pudiéndosele dividir, según



Hecho (Alto Aragón)

Ricardo del Arco (1), en cuatro zonas: la pirenaica y la subpirenaica, la central y la meridional.

En la zona pirenaica se advierte una supervivencia románica, de la que Torla, Benasque y Ainsa son ejemplo. En la subpirenaica, en las casas de Abriada, Lecina, Benilla y Roda, el arte gótico ha dejado escasísimos vestigios.

(1) Arquitectura, 1918.

La casa en esta zona se caracteriza, como el paisaje que la circunda, por su aspecto severo y adusto, reflejando la primordial idea de defenderse de las crudezas del clima.

Los pueblos más típicos del Alto Aragón son, indudablemente, Hecho y Ansó. "Porque, no cabe duda, estas casas que delante de nosotros se alzan pertenecieron a los aborígenes de este pueblo patriarcal, y de ellos fueron pasando, generación tras generación, sin apenas modificarse, hasta sus actuales propietarios." "Las puntiagudas techumbres de las viejas casucas delinéanse fuertemente sobre el cielo, orgullosas con el empaque presumido de sus chimeneas, de entre cuyas caprichosas torrecillas desprendense bolitas de un humo tranquilo, nada impaciente de elevarse y desaparecer" (1).

El caserío de Hecho no difiere del de Ansó, y en las casas *chesas* son frecuentes las ventanas ajimezadas. Torla, antesala del Valle de Ordesa, es también un pueblo antiguo y típico del Pirineo; muy notable en él la casa de Viú, prototipo de grandes casas solariegas.

Fanlo, Ascano, Torla, Fiscal y la aldea de Escoain conservan todavía su primitivo carácter, como también Bielsa y Ainsa; este último es uno de los lugares medievales más típicos de España.

El Valle de Benasque, en punto a lo pintoresco, es el más interesante de la provincia, encontrándose en él pueblos y caseríos muy típicos y antiguos, de notable rudeza constructiva.

En general, la casa alto-aragonesa es una vivienda con psicología, fiel imagen del temperamento de su dueño y señor. El pueblo alto-aragonés ha sabido labrar su casa a imagen y semejanza propia. "Allí los hombres y sus costumbres graban el reflejo de los espíritus sobre las piedras de las casas que levantan para vivir, tal como el pájaro compone su nido; allí el paisaje comarcal, la tierra en torno, da su nota característica al aparato de los muros, al arco de las puertas, a la distribución de las aberturas, por donde el aire penetra en el interior, disposición de las chimeneas y número y tamaño de los patios, que unas veces se abren dentro de las casas y otras detrás, como añadido del edificio, y aun muchas suelen adelantarse a recibir al visitante, formándole antesala al zaguán, con sus tapias bajas y sus puertas siempre abiertas."

"La casa montañesa del Alto Aragón es una casa de sombrío ceño, de gesto reconcentrado y grave, de filosófica meditación. Casa de rancio solar en escondido valle, recogido entre encanecidas montañas, donde el estío

(1) J. García Mercadal: *Del llano a las cumbres, Pirineos de Aragón*. Madrid, año 1923.

es breve y el invierno más que largo, larguísimo, inacabable. Por eso la amplia cocina señorea los distintos departamentos de la casa; con su gran hogar, bajo la ancha y negra chimenea, que, a modo de dosel, recoge bajo su guarda, en ambos lados del fogón, las blancas y lustrosas *cadieras* de alto respaldo. Y aun en muchos casos, la chimenea viene a caer en el centro de la cocina, y en torno al hogar se agrupan las *cadieras* por tres de sus frentes, siendo el cuarto por donde las mujeres vienen a descolgar la olla pendiente de los llares, iluminando la escena el lívido fulgor de las resinosas teas clavadas en el tiedero ancestral" (1).

(1) J. García Mercadal. Obra citada; págs. 170 y 171.



Herraje en Hecho

LA VIVIENDA POPULAR EN LOS MONEGROS

En la región conocida por los Monegros, que se extiende de Zaragoza a Nequienza, llegando a Fraga y hasta Lérida, encontramos un tipo característico de vivienda, aunque dentro del tipo general de la parte central de Aragón.

La región, en su conjunto, es una llanura de clima muy extremado, cuyo suelo, salino y yesoso, poco apto para el cultivo, tiene un color blanquecino, y sus mesetas y montes son secos, áridos y grisáceos, estando despoblados. La población se concentra en los lugares de regadío; es decir, en las vegas, riberas y huertas.

El material de construcción es la mampostería caliza y tapiá. La planta es un rectángulo de lados desiguales, orientados aproximadamente, mirando a Norte y Sur los menores. Tienen tres plantas, las dos primeras de mampostería, la última se hace tan sólo de pilastras de ladrillo levantadas en las esquinas y en algún punto intermedio, si los lados son grandes. El tejado es de una sola pendiente y escasa inclinación; el material de cubierta es la teja árabe, de tono ocre o pardo. El espacio del último piso se llama solanar, sirve para tomar el sol en invierno y de secadero de los frutos del campo.

La planta baja está ocupada por el patio, que es donde se hace la vida en verano. En el piso principal la cocina, de lumbre baja, con grandes bancos de madera a los costados, y las alcobas.

EL CASAL ARANÉS

Sabido es que el valle de Arán, tan metido está dentro de los Pirineos, en la parte septentrional de la provincia de Lérida, que en la invernada todos los años la nieve interrumpe la comunicación carretera con el resto de España y sólo se puede llegar hasta él por la parte de Francia.

Región bien limitada, tanto por las costumbres y carácter de sus construcciones, como por su dialecto, mezcla de gascón francés y catalán, se diferencia totalmente de las otras regiones catalanas. Los casales del Valle de Arán presentan, con relación al resto de la tierra catalana, un carácter especialísimo y excepcional de pueblo del Norte, pudiéndose calificar de Suiza catalana.

Hallamos allí casales de los siglos XV y XVI, con sus torres de defensa, y en sus fachadas adoveladas portaladas y trabajadas ventanas. Las construcciones se agrupan siempre formando pueblos, situados generalmente en las orillas de los ríos, ofreciendo un aspecto sumamente típico.

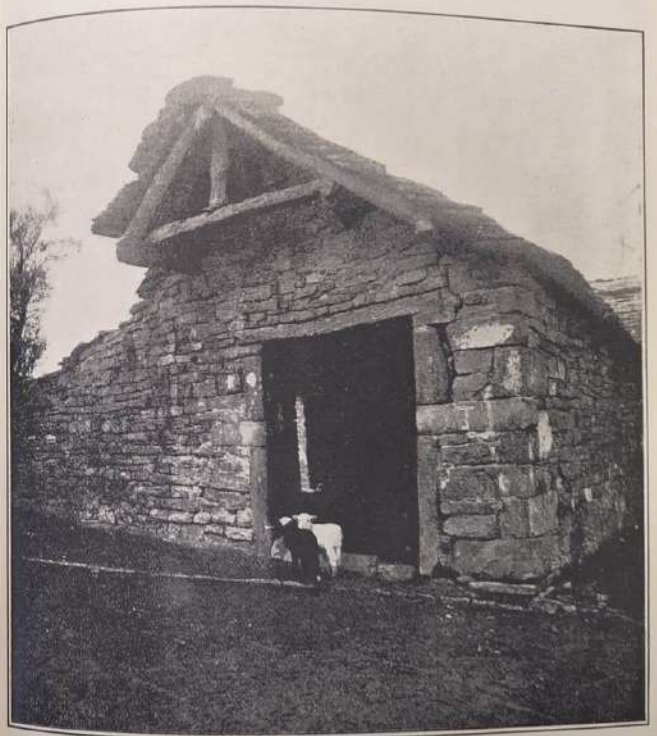
No hay masías o casas de payeses, porque su aislamiento en tan riguroso clima y el ser las montañas bienes comunales, hacen en ellas muy difícil la existencia. En despoblado, como ocurre en los valles pirenaicos del Alto Aragón, no hay más construcciones que las bordas, y con el mismo destino.

"En la construcción de las casas se tiene presente los rigores del clima que han de soportar; presentan sus paredes, recias, sin aberturas, orientadas hacia el Norte cuando es posible; sus tejados, todos de fuertes vertientes, estaban antiguamente cubiertos con haces de paja larga de centeno, unidos unos con otros sobre el caballete, y constituyendo una capa impermeable; luego, con el tiempo, se iba cubriendo la paja por una costra especial que le daba aquella calidad. Además, eran muy calientes para el invierno y al mismo tiempo económicas; pero tenían el inconveniente de su poca duración y el gran peligro en caso de fuego. Hoy casi acaban de desaparecer esta clase de tejados, siendo sustituidos por los enlosados de pizarra.



Villanua

Huesca



Corral en Siete

Huesca



Hecho, en el Alto Aragón

Huesca



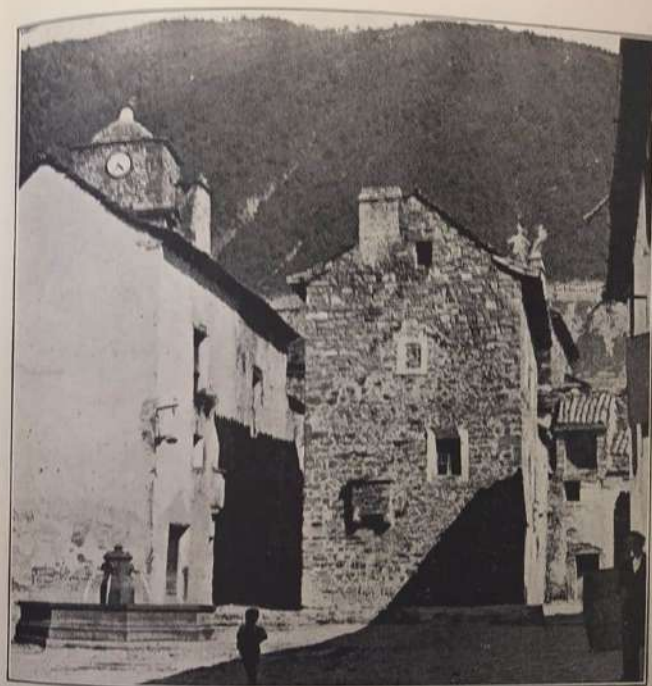
Ansó, en el Alto Aragón

Huesca



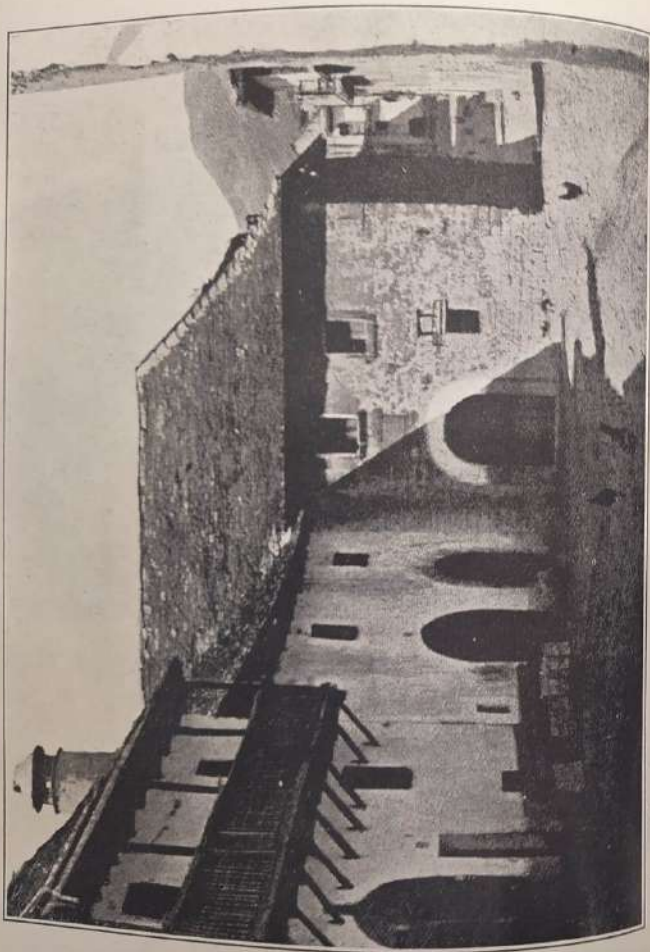
Santa Cruz de la Seros

Huesca



Villanua

Huesca



Hecho, en el Alto Aragón



Casas en Hecho, en el Alto Aragón

Huesca



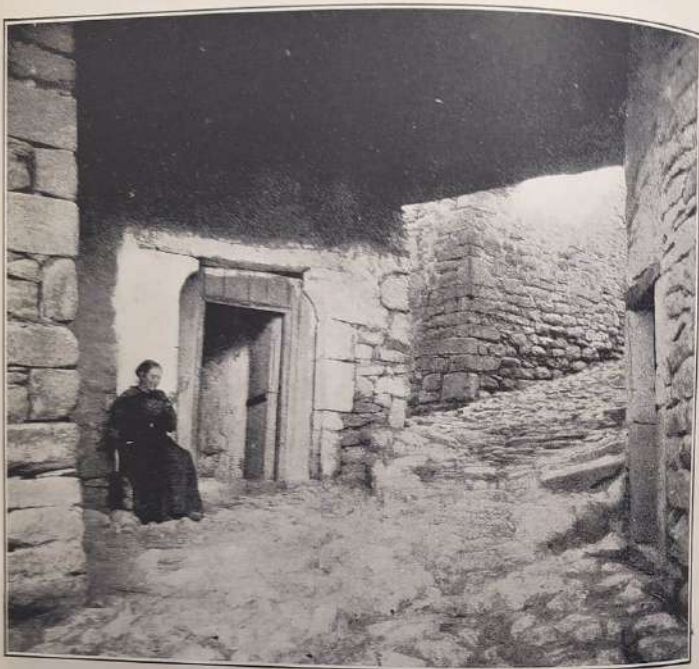
Hecho, en el Alto Aragón

Huesca



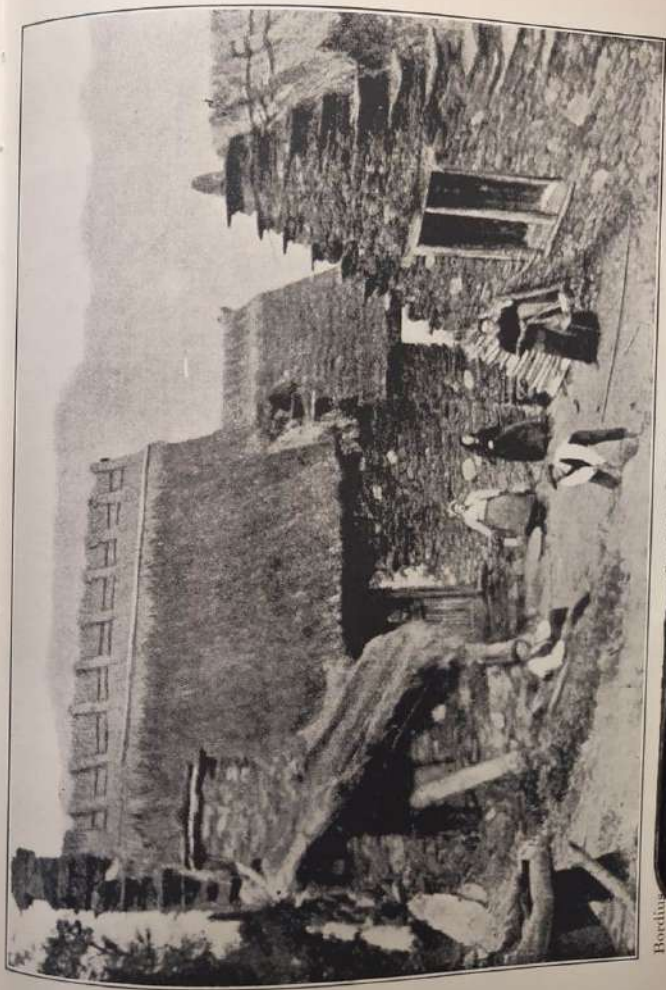
Hecho, en el Alto Aragón

Huesca



Patio en Sos

Huesca



Boredius

Valle de Arán